El arte de doñear en los albores del pasado siglo retazos literarios y periodísticos en torno a los requiebros y piropos del «buen español»

L'art de courtiser à l'aube du siècle passé : fragments littéraires et

journalistiques sur les compliments et galanteries du « bon espagnol »

*The art of courting at the turn of the 20th century: literary and magazine
fragments upon the “good Spaniard’s” compliments and gallant remarks*

Jordi Luengo López

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/bulletinhispanique/5486>

DOI: 10.4000/bulletinhispanique.5486

ISSN: 1775-3821

Editor

Presses universitaires de Bordeaux

Edición impresa

Fecha de publicación: 30 junio 2018

Paginación: 107-122

ISBN: 979-10-300-0298-0

ISSN: 0007-4640

Referencia electrónica

Jordi Luengo López, «El arte de doñear en los albores del pasado siglo», *Bulletin hispanique* [En línea], 120-1 | 2018, Publicado el 01 enero 2022, consultado el 08 enero 2022. URL: <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/5486> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.5486>

El arte de doñear en los albores del pasado siglo: retazos literarios y periodísticos en torno a los requiebros y piropos del «buen español»

JORDI LUENGO LÓPEZ
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla - España

Les compliments que, sous diverses formes, les hommes lançaient aux femmes pendant le premier tiers du XX^e siècle, n'assuraient pas seulement de bonnes relations de sociabilité entre les sexes. Fonctionnant comme mécanisme de contrôle, ils contribuèrent essentiellement à maintenir l'hégémonie du système patriarcal dominant.

Mots-clés : Galanterie, compliments, presse espagnole, éducation féminine.

Los obsequios que con diversas manifestaciones lingüísticas, regalaban los hombres a las mujeres a lo largo del primer tercio del siglo XX, aparte del hecho de prolongar las buenas formas en las relaciones de sociabilidad entre los sexos, cumplieron una función primordial como mecanismo de control para continuar con la hegemonía del sistema dominante patriarcal.

Palabras clave: Galantería, piropos, prensa española, educación femenina.

The compliments that, under diverse forms, men paid to women during the first third of the 20th century did not only good social relationships between sexes. Working as a control mechanism, they essentially contributed to maintain the hegemony of the dominant patriarchal system.

Keywords: Courtesy, flirtatious remark, Spanish newspapers, female education.

EL DEBER DEL «BUEN ESPAÑOL»

Entre el imperativo categórico y la ensoñación literaria

Obsequiosidad y galantería son dos términos que la tradición literaria ha atribuido al carácter español, y que, si bien hoy en día se hallan algo en desuso, todavía perduran en lo que fue esa castiza bonhomía de prolíferas florituras léxicas. Una cortesía lingüística que, no obstante, resultaba ser unidireccional, dado que sólo se le concedía a los hombres el derecho a exteriorizarla, sin tener, en ella, las mujeres, como receptoras de dicha manifestación, el beneplácito de replicar con vocablos de análoga naturaleza.

Todo español que deseara ostentar el distintivo de tal, sobre todo a ojos de la opinión pública, debía de tratar a las mujeres con amabilidad y ternura, a la vez que enguinaldarlas con las lisonjas oportunas, al margen de que en ellas hubiera o no un interés manifiesto. En este sentido, Eduardo Zamacois (1873-1971), novelista español de origen cubano, señalaba que el ser «cumplimentero y amigo de doñear», al parecer, para los españoles, era una especie de deber que se les enseñaba desde muy temprana edad a raíz de cierto «quijotismo literario» del que habían de hacer gala (De Miguel, 1998: 204; *apud*: Anónimo, 1927). Un imperativo moral que, además, se imbricaba en la identidad masculina que, en gran medida, se definía en función del trato que se le daba a las mujeres.

El discurso hegemónico erigido por las mentalidades burguesas de España, a semejanza de Europa, había ideado un modelo específico para cada uno de los sexos a fin de que el entramado ideológico patrimonial¹ pudiera consolidarse dentro del constructo social. Aparte de las virtudes del ser caballeroso y correcto, al hombre se le asignaban las cualidades de la independencia, la lógica, la reflexión, la inteligencia, la valentía, el orgullo y todas aquellas que hicieran de él un excelente esposo, amante o padre de familia, aunque la virilidad también se asociaba a una doble moral donde se consentía la infidelidad dentro del noviazgo y el matrimonio (Monlleó, 1999: 158). A las mujeres españolas, por el contrario, se las estigmatizó con una «exquisita»² concepción en torno a su feminidad, donde ni la educación, ni su incursión en el espacio público, ni su autodeterminación y libertad como ser humano, tenían cabida alguna.

1. En este discurso, según Alain Corbin (*Le temps, le désir et l'horreur. Essais sur le dix-neuvième siècle*, Paris, Flammarion, 1998), las mujeres eran vistas como propiedad privada, sobre todo bajo la concepción burguesa de la vida, la cual venía apoyada por la Iglesia, enclave moral, pero también político y económico, a partir del cual se mantenía el orden social.

2. Lo que damos en llamar «feminidad exquisita» es una imagen de feminidad que se concibe reclusa, aprisionada por los anquilosados prejuicios dictaminados por el discurso dominante. Dicha acepción se debe a la escritora María Martínez Sierra (María de la O Lejárraga) («La Mujer Moderna IV. Algunos errores transcendentales que cometen las amas de casa», *Blanco y Negro*, n.º 1.244, 21 de marzo de 1915) quien, aludiendo al «fetichismo de la aguja» como el «*non plus ultra* de la «feminidad exquisita», la utilizó por primera vez en su obra *La Mujer Moderna*, publicada por entregas en la revista *Blanco y Negro* en 1915, y de forma íntegra, en 1920, en el editorial Estrella bajo el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra.

Únicamente se les concedía la posibilidad de identificarse con un cúmulo de gracias, entre las que se encontraban la belleza, la bondad, la inocencia, la delicadeza, la paciencia, el *alterocentrismo*³, entre otras de análoga índole, en el que podían encontrar la idónea razón de ser a su existir cotidiano.

La creencia de que todo español debía preservar la exquisitez de la feminidad de las mujeres, sin embargo, no fue compartida por todos los «proletarios⁴ de la pluma»⁵ que escribían en la prensa, ni tampoco por los literatos del momento. Este fue el caso del seudónimo Pierrot, quien, en el periódico valenciano *Arlequín*, insistía en que la obligación de mostrarse cortés con las mujeres no era un imperativo categórico, sino algo más bien de decisión propia. Pierrot, además, argüía que este proceder era fruto de la imaginería popular que los españoles adoptaban como dogma conductual, sin ni siquiera cuestionarse su auténtico sentido: «los españoles han sido casi siempre igual; juguetes de lejanos e incomprensidos espejuelos, llenos de perjuicios, de fantásticas leyendas de caballeridad y universalismo.» (Pierrot 1917). Los versos de un Tenorio atemporal, y el noble espíritu del hidalgo manchego, habían ido permeabilizándose en la identidad del imaginario colectivo, convirtiéndose éstos en insignes distintivos de lo que debía de ser y no ser un «buen español».

Pautas conductuales para un correcto proceder

Con todo, la actitud que debían de tomar los españoles con las mujeres siguió siendo objeto de estudio y comentario entre los medios de difusión y escritores de aquel entonces. Así, vemos cómo el periódico valenciano *El Eco del Distrito del Puerto*, cuestionándose el modo adecuado para saludar a una dama, publicaba, en 1927, una serie de normas de galantería⁶ con las que éstos debían familiarizarse, e interiorizarlas en su forma de ser, no sólo para tratarse entre ellos⁷, sino, y sobre todo, para hacerlo con las mujeres. Una clara muestra de ello son los saludos que, dependiendo de las situaciones en que acontecieran, se les brindaba o no a las damas:

3. Dícese de aquel estado de espíritu, y proceder, que consiste en centrar el interés en bienestar de los demás por encima del de uno mismo.

4. Sírvasse la utilización del masculino genérico para aludir tanto a mujeres como a hombres.

5. Aceptión a la que alude el filólogo José Carlos Mainer para referirse a la intensa actividad, siempre poco y mal remunerada, en la que se veían inmersos la mayoría de los periodistas del primer tercio del pasado siglo (Kirkpatrick Susan, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 171).

6. Resulta curiosa la terminología utilizada con el vocablo «galante», en tanto que, en masculino, es sinónimo de ser «atento, cortés –y– obsequioso»; mientras que, cuando se refiere a una mujer, la equivalencia es la de prostituta de lujo (De Miguel Rodríguez Amando, *op. cit.*, 1998, p. 203).

7. Así, por ejemplo, en lo atinente al «apretón de manos» entre caballeros, éste debía de ser siempre franco y espontáneo, es decir, una «expresión material de la unión de dos corazones por la simpatía.» (Nuño, «Crónica: Deberes de la cortesía (Los Ademanos / El apretón de manos)», *El Eco del Distrito del Puerto*, nº 3, 4 de junio de 1927, p. 2).

A las señoras y señoritas las saludaréis sombrero en mano y esperaréis un momento para ver su actitud, antes de ofrecer la mano [...]. Si encontráis a una señora en la escalera de una casa o al cruzar en un sitio estrecho, acera o pasillo, le cederéis el paso y os descubriréis respetuosamente, sea cual fuera la edad y clase de la señora, porque esta cortesía es a la mujer, no al vestido. Si encontráis a una señora conocida por la calle, sobre todo por la mañana, esperaréis a ver en sus ademanes si desea o no ser saludada. Es una indiscreción saludar a la que desea pasar inadvertida, y una necesidad volver a mirarla después de haber pasado, como tratando de identificarla (Nuño, 1927).

Lo que el autor de estos consejos, Nuño, daba a entender era que los piropos o las lisonjas nunca debían proferirse sin antes tener la licencia de la dama para ello. Además, el proceder del caballero en cuestión debía de exteriorizarse a la globalidad del colectivo femenino, independientemente de la edad y la clase social a la que pertenecieran sus integrantes. Cuando un hombre se topaba con una mujer en medio de la calle, estaba obligado a actuar con sumo cuidado para no incomodarla, y más sabiendo que los preceptos del discurso dominante recalaban que el espacio público de la calle no era para una señora o señorita. Es cierto que habían mujeres que eran oriundas de las aceras, plazas y callejas de las grandes urbes, y cuya profesión distaba mucho de la imagen burguesa de la feminidad (verduleras, casqueras, traperas, floristas, golfas, prostitutas⁸, etc.), pero, aún así, por el sólo hecho de ser mujeres, se las había de respetar.

Se consideraba, asimismo, que las mujeres se hallaban fácilmente expuestas a los peligros propios de esa esfera de acción de exclusividad masculina y, en consecuencia, se las había de tratar con cortesía y caballerosidad (De Rivera⁹, 1934). La galantería, por consiguiente, era la perfecta manifestación de formas para inculcar a las mujeres aquellos atributos que, según las mentalidades burguesas biempensantes, se les concedían por estar vinculadas a esa falsa conceptualización de la «feminidad exquisita».

Todas estas pautas de conducta a las que los hombres debían ceñirse para tratar a las mujeres para ser un «buen español», podían incluso concebirse como un modo de escenificación urbana que debían interpretar con maestría. Alfonso Hernández Catá (1885-1940) (1919), periodista y ensayista hispano-cubano, autor de cuentos y noveletas¹⁰, advertía este fenómeno al equiparar a

---

8. Quien fuera descrito por el poeta Lorenzo Roldán como «príncipe de los versos dolientes», Emilio Carrere (1881-1947), insistía en que a las prostitutas se las había de tratar con respeto: «a la mujer de la vida / trátala con *caridá*: / que antes de ser de la vida / ha sido mujer *honrá*.» (Carrere Emilio, «El último baile de Horacio Medina», *Nuevo Mundo*, nº 1.479, 26 de mayo de 1922).

9. Así lo recogía la redactora Ilsa W. de Rivera, quien, en 1934, realizó para la revista gráfica *Estampa*, un reportaje donde interrogaba a distintas mujeres extranjeras, casi todas ellas residentes en Madrid, sobre qué opinaban sobre los hombres españoles.

10. Aunque la Real Academia de la Lengua Española (RAE) no reconoce el término, ya que se considera que no puede concebirse como género literario al entenderse como un ensayo previo a la redacción de la obra magna, muchos han sido los autores que han escrito noveletas. En el primer tercio del siglo xx, encontramos a Joan Pons i Massaveu, Enrique de Fuentes, Miquel Roger i Crosa, Carlos Fortuny, Josep Ciurana Maijó, entre otros autores, que, si bien la obra de la mayoría de ellos no ha trascendido, han dejado cierta impronta en el mundo de las letras.

los españoles con los galanes de teatro, quienes habían de poseer, fueran cuales fueran sus palabras, un «optimismo recóndito», así como proferir a las mujeres un «cariño perfecto y específico», sin dejar en ningún momento de cultivar con ingenio la retórica que enmelara sus posibles discursos amorosos.

MUJERES ILETRADAS ANTE MELODIOSOS CUMPLIDOS

Un caballeroso respeto oculto tras la ignorancia femenina

En la España primisecular, las altas cotas de analfabetismo femenino¹¹ facilitaron que las mujeres se aferraran con mayor fuerza a las gracias que se les reconocían, creyendo que sólo con ser hermosas, ya suplían con creces la profunda ignorancia en la que se encontraban. Para muchas jóvenes, ser guapas, suscitar la admiración masculina y provocar el piropo con su contornear callejero, era un seguro de que no iban a faltarles pretendientes para casarse y llegar a ser madres, cumpliendo, así, con los preceptos marcados por el discurso patriarcal (Llona 2003: 146). A cambio, los hombres las adulaban con bonitos cumplidos o con alguna lisonja algo subida de tono, que, si bien sonaba algo fuera de lugar, no siempre era del desagrado de su destinataria.

Concepción Arenal (1820-1893), no obstante, como recordaba *El Mercantil Valenciano* en 1901, ya había matizado en el ocaso del período decimonónico que ese supuesto respeto atribuido a los varones no era más que un mero espejismo, porque el discurso dominante siempre había sostenido que las mujeres no eran «respetables» y, en consecuencia, no se podía tener por éstas miramiento o consideración alguna. Pocos meses antes al escrito póstumo de Arenal, en ese mismo periódico, Alfredo Calderón y Arana (1850-1907)¹², corroboraba el parecer de la insigne escritora feminista al apuntar que este fenómeno se debía a que los españoles no sabían concebir al colectivo femenino de otra forma distinta a aquella que se correspondía con la entelequia de la «feminidad exquisita», entre otros motivos, porque éstos eran «incapaces de toda labor reflexiva» (Calderón 1901: 1). Para el periodista madrileño, la abúlica actitud de muchos hombres por intentar ver a las mujeres como iguales, sin darles ni siquiera la oportunidad de demostrarles de que estaban equivocados, condicionaba su trato para con ellas. Esa carencia de educación en ambos sexos, unos por desidia y otras por impedimento, no sólo bloqueaba la capacidad de los españoles de ser creativos en sus requiebros y lisonjas, sino

---

11. Apunta Rosa María Capel que éstas iban de un 71,4 % en 1900 a un todavía elevado 49 % en 1930 («Una mujer de su tiempo: María de la O Lejárraga de Martínez Sierra», *Arenal*, 1, nº 19, enero-junio 2012, p. 9, 13).

12. Alfredo Calderón y Arana fue profesor de la Institución Libre de Enseñanza, además de ser director de *La Justicia*, periódico fundado por Nicolás Salmerón (1838-1908) en 1888 (Jiménez-Landi Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Tomo I. «Los orígenes de la Institución»*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, p. 395).

que, además, limitaba a las mujeres a saber si aquello que se les decía era un cortés halago o una ofensa para su dignidad como persona.

En este sentido, quien fuera redactor del *Nuevo Mundo*, Martín Martón (1919), mantenía que el callejear echando piropos y haciendo la corte a las muchachas era propio de hombres desocupados y sin educación alguna. Estos individuos, según el autor, sólo enaltecían aquellas cualidades que apreciaban a simple vista en las mujeres, siendo éstas la voluptuosidad de su senos, la redondez de sus nalgas, el conjunto de sus facciones o la gracia que tenían al andar. Se perdían las buenas formas, e incluso el mito de la galantería y caballerosidad española, para dar paso a un mayor goce y regocijo visual de este ideal de feminidad que cristalizaba en las mujeres españolas, dotándolas de una exclusividad que las hacía únicas en el mundo¹³.

Los requiebros urbanos del *gentleman* y el «encierramosas»

Un desconocido escritor inglés llamado John Wakeman escribía, hacia 1918, *Gentleman and Lady*, obra en la que sostenía que no era en el salón, ni tampoco en las veladas de sociedad, donde un hombre se acreditaba como caballero, sino en su propia casa, en el trato íntimo con los suyos y, en especial, en la relación con su esposa. Esto era así porque, según el autor, cualquier individuo con sentimientos verdaderamente elevados hacía partícipe a su familia, antes que a nadie, de «los tesoros de bondad y delicadeza de que dispone»: «aunque estuviera casado treinta años ya, debería mostrarse más galante, más deferente, más cortés con la propia esposa que con cualquiera otra dama; no habría de presentarse delante de ella vestido con descuido, ni pedirle nada con voz de mando, ni recibir ningún servicio de ella sin pronunciar una palabra de agradecimiento.» (Anónimo, 1918: 239-240). Con toda probabilidad, los piropos de los *gentlemen* ingleses, cargados de respeto y de educación para con las damas, fuera en la calle o en el hogar doméstico, difería *in extremis* del modo de actuar de los «caballeros españoles», cuyos requiebros lingüísticos estaban cargados de mayor pasión o, en expresión de la época, de «glóbulos rojos» (Hernández Casajuana¹⁴, 1928; Porro, 1997: 161). Las mujeres que eran víctimas de estas manifestaciones de deseo contenido, conscientes de que su mundo era el de lo privado, aquel al que el sistema patrimonial había dispuesto relegarlas, intentaban pasar desapercibidas sin «llenar» demasiado esa esfera de acción de exclusividad masculina, ni con su cuerpo, al andar lo estrictamente necesario y sin apenas gesticular; ni con su voz, ya que casi no hablaban y, cuando lo hacían, era en tono bajo (Establier, 2000: 49; Folguera,

13. Así lo corroboraba, en la revista *Alma Española*, Juan Ramón Jiménez al apuntar que [sic] «la mujer española es una buena moza á quien los hombres desean y desprecian; de ahí que haya muerto, si acaso existió, nuestra legendaria galantería» (Juan Ramón Jiménez, «Las malas costumbres: Grosería española», *Alma Española*, nº 22, 23 de abril, 1904, p. 6-7).

14. Fausto Hernández Casajuana (1888-1972) fue un conocido dramaturgo valenciano que gozó de gran éxito durante los años treinta.

1993: 90-91). Con todo, y aún así, les era imposible escapar a las groserías de los llamados «encierramosas».

En esta categoría de individuo, acuñada por Rodolfo Gil, redactor de *Blanco y Negro*, entraban aquellos hombres que pacientemente oteaban en las zonas públicas más transitadas, como podían ser los bulevares o las estaciones de tren o tranvía, en busca de alguna «moza» a la que poder abordar. Estas señoritas, que andaban solas y distraídas, eran la presa ideal a la que dirigirse con inesperados galanteos, los cuales, más que halagarlas, terminaban por incomodarlas, porque el «encierramosas» no sólo se acercaba a ellas con la palabra, sino también con el cuerpo. Gil describe el proceder de este individuo con los siguientes versos:

Apostado en los cruces del tranvía
cuando torna la gente de el paseo
más que audaz rondador del galanteo
creyéronle farol o policía.

Mas no hay moza que pase por la vía
que no sufra su estulto mosconeo
o lo lleve detrás cual cirineo
que acosa a fuer de perro de jauría.

A juzgar por la audacia y la vehemencia
con que aborda, persigue y acorrala
cualquiera falda que le sale al paso,
dijérase que «humilla» en la querencia;

pero, apenas perfílase, resbala
y escapa de su envido... ¡por si acaso! (Gil, 1928).

Las muchachas se ruborizaban y, no sabían la forma exacta de comportarse cuando se veían asaltadas por toda esa retahíla de piropos que el «encierramosas», y otros muchos que no recibieron denominación alguna, lanzaban a su persona y a su físico en particular¹⁵.

Confesiones de una confusa ambivalencia

Ante tantos comentarios en voz alta y de tonos tan variados que las mujeres hermosas, y no tan agraciadas, recibían al andar por la calle, como ya se ha apuntado, muchas de ellas sentían una confusa ambivalencia al no saber cómo

15. Muchos de estos piropos eran bastante soeces, siendo una clara prueba de ello los que aparecían en *La Traca*, donde solían reproducirse algunas escenas en las que las mujeres —todas ellas caricaturizadas con exhuberantes cuerpos y curvas ostentosamente pronunciadas— eran víctimas de este irrespetuoso trato por parte del colectivo masculino. Así, en una de las caricaturas de Boix, vemos cómo un hombre ve a una agraciada vendedora de gorras, refiriéndose a ella del siguiente modo: [sic] «¡Gorrera! Quisiera casarme con osté, para aumentar su comersio de gorritas.» (Boix, «Piropos roins», *La Traca*, nº 85, 14 de junio de 1913, p. 3). Obviamente, este individuo estaba aludiendo al acto sexual con fines procreativos.

actuar ante ellos. En la prensa femenina del primer tercio del pasado siglo, algunas de ellas relataron su experiencia, manifestando la desazón que les generaba el verse involucradas en este tipo de situaciones. Así, en la revista *El Hogar y la Moda*, en mayo de 1914, una afligida muchacha confesaba que no podía soportar este continuo acoso, llegando incluso a desear meterse a monja al cumplir la mayoría de edad:

Soy joven y dicen que bella: no lo sé. Lo que sí es que voy poco a la calle pues estoy en un colegio y lo poco que voy es con disgusto, pues no puede pasar nadie que no me diga algo. Es decir, no parece sino que todo el mundo tenga derecho a hacerme sonrojar. [...] Mis amigas dicen que mi modo de andar es la causa que se entusiasmen los que me ven y me echen piropos. ¿Es esto una costumbre que pueda remediarse? ¿O es esto culpa mía? No lo creo. Lo que es que si me enfado mucho, seguiré el consejo de las monjas, que me dicen que en cuanto cumpla los diez y ocho entre novicia. Y el demonio me dejará. Me falta para ello un mes (Anónimo, 1914: 10; *cit. pos.*: Perinat, Marrades, 1980: 124).

La joven, todavía adolescente, termina por contar los días que le faltan para cumplir los dieciocho años para convertirse en novicia y liberarse, así, del diablo de la lascivia que en muchos hombres ésta lograba entrever. Dicha actitud de manifiesta protesta se repetiría en otras publicaciones de análoga índole, donde ya no solo se criticaba el proceder de estos individuos, sino que se veía también como un mal oriundo de la identidad española. *El Pensamiento femenino*, apenas unos meses antes, en octubre de 1913, corroboraba este fenómeno al recoger entre sus líneas el testimonio de otra señorita que tenía que sufrir las groserías de los transeúntes cada vez que salía a la calle, lamentándose, a su vez, de que esto ocurriera en España:

Según dicen, soy la mujer más bonita de la calle Princesa. Estoy muy incomodada con las libertades que se toman algunos que parecen señores pero que sin duda no deben serlo: se me acercan, me piropean al oído, me dicen inconvenientes, se permiten cogerme la mano o darme palmadas en el hombro: esto no se puede soportar y es indigno de un país civilizado... Y es inútil enfadarse y protestar porque prevalidos de su fuerza bruta se ríen de nuestra impotencia para poder luchar a brazo partido con ellos. Esto demuestra cobardía en el sexo fuerte (Anónimo, 1913: 3; *cit. pos.*: Perinat, Marrades, 1980: 344-345).

En esta denuncia, emitida abiertamente por parte de una joven rubia del madrileño barrio de Pozas, se vuelve a constatar cómo los cumplidos, que los supuestos caballeros dedicaban a las mujeres, iban más allá de la simple declaración de palabra, pues éstos se acompañaban de un nada deseado contacto físico. Este modo de actuar, además de resultar embarazoso, era un atentado directo contra la dignidad de las mujeres, que, viéndose éstas en un segundo plano dentro de los parámetros del contexto ciudadano, debían soportar con resignación las libertades que para con ellas se tomaban muchos hombres.

Todas estas señoritas podían quejarse de la situación en la que se veían envueltas, pero el dilema del cómo reaccionar y qué responder seguía sin resolverse. Además, algunas sí que deseaban ser piropeadas, y en cierto modo

lo buscaban, porque, según las mentalidades biempensantes, se exigía de ellas que permanecieran en una pasividad forzada, ya que únicamente el varón tenía derecho a pedir ser presentado y ostentar sus intenciones. Surgía, entonces, otra disyuntiva de igual importancia, la cual radicaba en cómo hacer uso de toda clase de astucias para dejar traslucir las preferencias que las chicas tenían por uno u otro «caballero», ingeniárselas para lograr contactos fugaces o hacer llegar a quienes las cortejaban los correctos mensajes para nutrir sus esperanzas. Así lo manifestaba una joven en la revista *El Hogar y la Moda*, en enero de 1925, al cuestionarse los pasos que debía seguir para sacarse novio aprovechándose, para ello, de los halagos que le brindaban: «¿qué debo hacer para cazar novio? Siempre que salgo a la calle los chicos bien me piropean, pero yo los desprecio por parecerme esto lo más prudente. De esta forma no caen en mis redes y yo me desespero. ¿Debo mirarlos? ¿Debo contestarles? ¿Debo hacer caso?..» (Anónimo, 1925: 1; *cit. pos.*: Perinat, Marrades, 1980: 182). Todas estas preguntas no eran sencillas de resolver, dado que si la muchacha no acertaba con su proceder ante los requiebros masculinos, podía caer en el descrédito general de la opinión pública y, en el peor de los casos, convertirse en madre soltera y/o terminar dedicándose a la prostitución, pues no eran pocas las que condescendían a los deseos de quienes las sonrojaban con deshonestas adulaciones (Momblach, 1924; Serrano de la Pedrosa, 1907). A medida que fueron transcurriendo los años, con la llegada de la década de los veinte y la aparición de la Mujer Moderna¹⁶, y posteriormente con el advenimiento de la Segunda República, las libertades y los derechos que las mujeres fueron adquiriendo las dotaron de los suficientes recursos para paliar –o reconducir– todas aquellas lisonjas que se les procesaba.

MEDIDAS CONTRA EL «PIROPO GROSERO»

No fue hasta la dictadura de Primo de Rivera, en 1927, que se tomaron medidas contra el llamado «piropo grosero» imponiéndose arrestos de hasta 5 días en prisión o multas de 50 a 500 pesetas, con la finalidad de potenciar los distintos mecanismos de control que sobre la vida cotidiana ejercía el sistema patrimonial (Ramos Palomo, 2002: 147). Empero, años antes, ya se habían planteado diversas soluciones contra estas «manifestaciones de afecto gratuito» del colectivo masculino hacia las mujeres que deambulaban por la vía pública (*Fidelio*, 1915: 1; Gabaldón¹⁷, 1929). Una de estas propuestas fue la emprendida, en 1910, por la nueva sección que, con el título de «La voz de la calle», había abierto en sus columnas el *Heraldo de Madrid* para que los lectores

16. La figura de la Mujer Moderna corresponde a la de una mujer que se adelanta a su tiempo transgrediendo formas y pautas de conducta consensuadas por la tradición patriarcal. Ésta trajo consigo la irrupción de nuevas manifestaciones estéticas, modas y bailes, aunque, a pesar de su gran impacto e influencia sobre las mentalidades del primer tercio del siglo xx, fue un fenómeno muy reducido.

17. Luis Gabaldón Blanco (1869-1939) fue un reconocido periodista madrileño que participó en varias publicaciones de índole satírica y cómica.

podían formular sus quejas, elevándolas a las autoridades con el propósito de que éstas pusieran coto a demasías, abusos, deficiencias, irregularidades, incorrecciones, etc., que se sufrían, siendo una de dichas demandas una carta que suscribían *Unas cuantas mujeres honradas* y, de la que el dramaturgo Enrique Contreras y Camargo informaba del siguiente modo:

Es esta que se haga saber á todos que está prohibido el chicoleo en esta forma descortés y grosera en que únicamente saben emplearlo los bárbaros de nativitate, y que toda mujer ofendida por indignas palabras deberá recurrir á un agente de la autoridad, si no encuentra á mano caballero que por su cuenta y riesgo la ampare, denuncie el hecho y sirva de testigo, con la certeza de que no solamente será detenido en el acto el descortés, sino que bastará el testimonio de la ofendida para que se le imponga un correctivo de los más dolorosos: una multa de 25 pesetas, por ejemplo, la primera vez, de 50 la segunda y de 200 si es delincuente (Contreras y Camargo, 1910).

Los agentes de la autoridad aludidos, sin embargo, acrecentaban el rubor de las muchachas conductoras cuando advertían que, quienes supuestamente debían salvaguardarlas de las groserías que los transeúntes lanzaban contra ellas, se comportaban de igual modo que los hombres a los que denunciaban o peor, ya que solían utilizar la estratagema del cacheo para «meter mano» a las mujeres a las cuales palpaban (Anónimo, 1912; Bueno¹⁸, 1930; Galindo, 1925; *K-Hito*¹⁹, 1912). Añádase que la opinión pública, dándose cuenta del proceder de los componentes masculinos del cuerpo de policía, denunciaba abiertamente el hecho de que éstos estuvieran más pendientes de los individuos que piropeaban a las mujeres que pasaban por su lado que por los auténticos crímenes que se cometían.

EL «DERECHO FEMENINO» DE LAS MUJERES AL PIROPO

El mal del feminismo

En 1918, Aurora Yanguas, redactora del *Diario de Valencia*, había detallado los derechos que perdían las mujeres al iniciar su incursión en el feminismo: el respeto, la educación y la galantería manifestada hacia ellas. Derechos que definían la «feminidad exquisita», a la vez que ratificaban la determinación del colectivo masculino de continuar concibiendo a las mujeres como mera idealización lírica a la que éstas debían de aferrarse (López Ferrándiz, 1914: 1). Quien fuera director de *El Defensor de Granada*, Constantino Ruiz Carnero (1887-1936), periodista republicano y amigo de Federico García Lorca (1898-1936), víctimas ambos de la crueldad de la Guerra Civil, sostenía este parecer al sugerir que las mujeres debían velar por mantener intactos los «privilegios» que el feminismo les robaba:

18. Manuel Bueno Bengoechea (1874-1936) fue un escritor y periodista español de la Generación del 98.

19. Seudónimo de Ricardo García López (1890-1984), miembro de la Generación del 27 y, escritor, cronista taurino, caricaturista, historietista y, productor y director de cine.

Yo creo que las mismas damas debían formar un partido contra tales avances del feminismo. La mujer debe ser siempre mujer, sin salirse del radio de acción que le está encomendado en la vida social. Porque en cuanto el sexo débil no sea tan débil como se creía, ni tan bello como nos habíamos figurado, ni tan encantador como se ha cantado en todo tiempo, la galantería masculina pasará a la historia y los poetas no tendrán a quien dedicar un madrigal (Ruiz Carnero, 1915: 1).

Este «radio de acción» representaba todos y cada uno de los posibles límites fronterizos que el discurso dominante emplazaba en torno a la «feminidad exquisita» y que las mujeres no debían sobrepasar. Ir más allá de ellos, como apuntaba Fernando Tobalina de Lucas en la revista madrileña *La Reforma*, suponía perder el «galante respeto» que se les atribuía: «Si en las mujeres no se encuentra otra cosa que la hembra, si habla en ellas la carne, si tienen a gala ser varones, ¿por qué cederles el asiento, la acera? La galantería se concibe con mujeres que lo sean [...] ¿Os empeñáis en ser burdéganos? Pues os trataremos como tales; ajustaremos nuestra conducta a vuestro prurito necio.» (Tobalina de Lucas, 1928: 9). La ausencia de la galantería masculina ante los avances del feminismo, y la consiguiente modificación conductual de los sexos, dio pie a que algunos autores escenificaran esta situación de forma humorística. Luis Gabaldón Blanco (1935) fue uno de ellos al imaginar un futuro inmediato donde el símbolo de la caballeridad española, encarnada ésta en la figura de Don Juan, se veía alterada al usurpar las mujeres su masculina identidad. Gabaldón, más allá del carácter cómico de esta recreación, daba a entender la gravedad del asunto, dado que la situación, en verdad, tenía más de real que de imaginaria.

Carmen de Burgos, una feminista defensora del piropo

Sorprende que *Colombine*, seudónimo de la célebre escritora feminista Carmen de Burgos (1867-1932), aún sabiéndose que sus reflexiones formaban parte de su primera etapa como escritora, es decir, aquella en la que fue paladín de la idealidad de la «feminidad exquisita», corroborara la opinión González Blanco al declararse antes partidaria de los galantes requiebros de un caballero que de cualquier logro feminista:

Se ha discutido en tiempos de feminismo y de tranvías (yo creo que los enemigos de la mujer son los tranvías y el feminismo, porque en ellos nos disputamos el sitio), si la galantería medioeval era o no adversa a nuestro sexo. [...] No entraré en la cuestión, porque si el gustar de amor y de caricia es antigualla, confíesme una atávica impenitente, que añora el raso del palaquín y la plátida dulzura del comedor familiar, con su alto techo artesonado y su monumental chimenea. Gusto más de aplaudir el triunfo de un amado que de cosechar laureles propios; y lo confieso, siento cierta envidia hacia esas mujeres servidas y amadas, que presidían los torneos, donde los paladines ostentaban sus colores. Son más artísticas que las que disputamos el voto en el torneo sin gloria de nuestra vida social (Colombine, 1915: 17-19).

Ningún hombre iba a ceder el sitio en el tranvía a aquellas mujeres que empezaban a boxear, jugar al tenis, correr, nadar o a pedalear cientos de kilómetros, aficiones que se exacerbarían en los años veinte, porque muchas de ellas habían desarrollado una complexión física mejor incluso que algunos hombres y, por consiguiente, podían ir andando (Rienzi, 1930). Así pues, el juicio emitido por De Burgos reafirmaba que, por fortuna, en los albores de la modernidad, y a medida que se iba avanzando en el siglo xx, la galantería dejaba de ser exclusiva del «género masculino» para hacer partícipes a las mujeres de esas lúdicas formas de elegante seducción que con suma frecuencia se establecían entre los sexos.

En *La mujer en España*, escrita a raíz de una conferencia que pronunció en la *Asociación de la Prensa Italiana*, en Roma, el 28 de abril de 1906, *Colombine* ya había advertido que, al margen de sus proclamas feministas, bajo ningún concepto había de permitirse que a las mujeres se les privara de la galantería que les correspondía:

[...] me disgusta escuchar que las mujeres se proclamen, no ya iguales, sino superiores, y bajo el nombre de conciencia colectiva del sexo, inspiran horror hacia los hombres, presentándonos como eternas víctimas. Así se logra que las reivindicaciones parezcan represalias, que los hombres se prevengan en contra nuestra y desaparezca la galantería, que veremos renacer cuando les pidamos con gracia femenil lo que exige en nuestro favor y nuestro derecho la justicia (De Burgos Seguí, 1906: 30-31; *cit. pos.*: Castillo Martín, 2003: 63).

En este fragmento, Carmen de Burgos estaba señalando la importancia de pedir los mismos derechos que disfrutaban los hombres, pero, siempre y cuando no se hiciera desprendiéndose de aquellas concesiones que el discurso dominante les habían otorgado por ser mujeres. De Burgos advertía del peligro de la paulatina consecución de las proclamas feministas, dado que a medida que las mujeres iban consiguiendo los mismos derechos que los hombres, se desprendían de todos los atributos que las hacían «femeninas». La galantería era una de estas concesiones, sobre todo por la identificación del colectivo femenino con la categorización de «sexo débil». En este sentido, la anarcosindicalista barcelonesa Federica Montseny (1905-1994), en su novela *La Victoria*, aparecida en *La Revista Blanca*, en 1925, coincidía con la escritora almeriense, pero, a su vez, también aconsejaba a las mujeres que no la concibieran como una necesidad, sino, simplemente, como una simple ofrenda recibida por parte de los hombres (Rodrigo, 2002: 52). Debía concebirse, pues, como un obsequio de buenas maneras.

Posteriormente, ya en el período de activa creación literaria de índole feminista, Carmen de Burgos, en *La mujer moderna y sus derechos*, fechada en 1927, experimentó un cambio radical en su forma de entender la caballerosidad masculina, acercándose más al modo de pensar de Montseny, es decir, percibiéndola como una mera artimaña elaborada por el entramado patriarcal para hacer creer a las mujeres que se les concedía todo, cuando, en realidad, se les privaba de ello. Para *Colombine*, nada hizo más daño a las

mujeres que la galantería, ya que, según la autora, «las durmió en el ambiente de adulaciones y homenajes; se acostumbraron a no oír más que la canción de sus alabanzas; se entregaron a la molicie, sin idea de ninguna responsabilidad social, como criaturas aptas solo para el amor» (De Burgos Seguí, 1927: 67; *cit. pos.*: Castillo Martín, 2003: 71). Volvía a surgir la imagen cultural del «ángel del hogar» decimonónico y la idealidad de la «feminidad exquisita», en tanto que a las mujeres se les había enseñado que ese era el modelo femenino con el que debían identificarse, premiándolas, por ello, con farisaicas lisonjas que siempre eran bien recibidas, si bien se respetaba cierto límite de respeto²⁰.

CONCLUSIÓN

Durante las tres primeras décadas que conformaron la génesis conceptual del siglo xx, los modelos culturales de mujer fueron evolucionando, pasando de las sobrecargadas siluetas donde los senos eran el centro de atracción a las ligeras formas que, con las piernas al descubierto, las Mujeres modernas dieron pie a las palabras con las que el colectivo masculino las adulaba. Independientemente de estos cambios estéticos sobre —y en el cuerpo— de las mujeres, si bien es cierto que el uso del piropo formaba parte del galanteo atribuido al «buen español» (el modo de cortejar a través de la palabra a una mujer, acto comúnmente conocido como «doñear») a medida que el colectivo femenino fue consiguiendo derechos y libertades en el campo de acción de la esfera pública, este proceder empezó a ser cuestionado por escritores y periodistas, y, con él, la noción de masculinidad del «caballero español».

El analfabetismo femenino de entonces, las leyes urbanitas contra el mal uso y abuso del requiebro, la hipotética renuncia del feminismo a que las mujeres fueran objeto de toda clase de galanteos, entre otras particularidades del bien sonar de una verba dulce, exacerbaron esta situación que, si bien hoy día resulta algo obsoleta, constituyó un verdadero manual de cortesía y de civilidad urbana en la génesis de la pasada centuria.

Bibliografía

- Anónimo, 27 de agosto de 1912, «El dulce “cacheo”. Escena silvable», *El Papagayo*, nº 8.
 Anónimo, octubre de 1913, «Rubita del barrio de Pozas», *El Pensamiento femenino*, nº 1, p. 3; *cit. pos.*: Perinat Adolfo et Marrades María Isabel, 1980, *Mujer, prensa y sociedad en España 1800-1939*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, p. 345.
 Anónimo, «De Todos a Todos», 1980, *El Hogar y la Moda*, nº 238, mayo de 1914, p. 10; *cit. pos.*: Perinat Adolfo et Marrades María Isabel, *op. cit.*, p. 124.

---

20. Así lo aseguraba la olvidada poeta de la Generación del 27, Gloria de la Prada, al cantar en la siguiente copla andaluza el valor de los piropos cuando éstos los acompaña el respeto: «toda mujer tiene precio / la que no se paga en oro / se la paga con respetos, / si el hombre tiene decoro.» («La Copla Andaluza», *Blanco y Negro*, nº 1.921, 11 de marzo de 1928).

- Anónimo, 14 de diciembre de 1918, «El verdadero “gentleman”», *La Hormiga de Oro*, nº 50, p. 239-240.
- Anónimo, enero de 1925, «De Todos a Todos», *El Hogar y la Moda*, nº 652, p. 13-14; *cit. pos.*: Perinat Adolfo et Marrades María Isabel, 1980, *op. cit.*, p. 182.
- Anónimo, 4 de septiembre de 1927, «La razón de la galantería», *Blanco y Negro*, nº 1.894.
- Arenal Concepción, 15 de septiembre de 1901, «La educación de la mujer I», *El Mercantil Valenciano*, nº 11.777, p. 1.
- Boix, 14 de junio de 1913, «Piropos roins», *La Traca*, nº 85, p. 3.
- Bueno Manuel, 17 de abril de 1901, «La mujer de moda», *Blanco y Negro*, nº 2.025, 9 de marzo de 1930.
- Burgos Seguí Carmen de, 1906, *La mujer en España*, Valencia, F. Sempere y Ca, p. 30-31; *cit. pos.*: Castillo Martín Marcia, *Carmen de Burgos (1867-1932)*. Colombine, Madrid, Ediciones del Orto, 2003, p. 63.
- Burgos Seguí Carmen de, 2003, *La mujer moderna y sus derechos*, Valencia, Sempere, 1927, p. 67; *cit. pos.*: Castillo Martín Marcia, *op. cit.*, p. 71.
- Calderón Alfredo, «Los latinos», *El Mercantil Valenciano*, nº 11.626, p. 1.
- Capel Martínez Rosa María, enero-junio 2012, «Una mujer de su tiempo: María de la O Lejárraga de Martínez Sierra», *Arenal*, 1, nº 19, p. 5-46.
- Carrere Emilio, 26 de mayo de 1922, «El último baile de Horacio Medina», *Nuevo Mundo*, nº 1.479.
- Colombine, 20 de octubre de 1915, «Las mujeres y la literatura», *Atenea*, nº 2, p. 17-19.
- Corbin Alain, 1998, *Le temps, le désir et l'horreur. Essais sur le dix-neuvième siècle*, Paris, Flammarion, 244 p.
- Establier Pérez Helena, 2000, *Mujer y feminismo en la narrativa de Carmen de Burgos «Colombine»*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses. Diputación de Almería, 203 p.
- Fidelio, 26 de septiembre de 1915, «Los guapos», *El Mercantil Valenciano*, nº 16.879, p. 1.
- Folguera Crespo Pilar (comp.), 1993, *Otras visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 382 p.
- Gabaldón Blanco Luis, 11 de agosto de 1929, «Polvillos de Salvadera», *Blanco y Negro*, nº 1.995.
- Gabaldón Blanco Luis, 13 de enero de 1935, «Don Juan cambia de sexo», *Blanco y Negro*, nº. 2.269.
- Galindo, 4 de julio de 1925, «Escolte, guardia», *La Sombra*, nº 51.
- Gil Rodolfo, 1 de julio de 1928, «Instantáneas Grotescas», *Blanco y Negro*, nº 1.937.
- Hernández Casajuana F., nº 1, julio de 1928, «Valencia a lo garçon», *La Sombra del Miguelete*.
- Hernández Catá Alfonso, 28 de febrero de 1919, «El galán», *Nuevo Mundo*, nº 1.312.
- Jiménez Juan Ramón, 23 de abril de 1904, «Las malas costumbres: Grosería española», *Alma Española*, nº 22, p. 6-7.
- Jiménez-Landi Antonio, 1996, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Tomo I. «Los orígenes de la Institución»*, Madrid, Complutense.

- Kirkpatrick Susan, 2003, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, 863 p.
- Martínez Sierra María, 21 de marzo de 1915, «La Mujer Moderna IV. Algunos errores transcendentales que cometen las amas de casa», *Blanco y Negro*, nº. 1.244.
- Martón Martín, 20 de junio de 1919, «Los tenorios callejeros», *Nuevo Mundo*, nº 1.328.
- Miguel Rodríguez Amando de, 1998, *El sexo de nuestros abuelos*, Madrid, Espasa Libros, S.L., 230 p.
- Momblanch Vidal Antonio, julio de 1924, «Ráfaga de amor», *Hermes*, nº 5.
- Monlleó Peris Rosa, 1999, «La revolución liberal y el voto femenino. La religión como instrumento de poder», *Dossiers Feministes*, nº. 2, p. 153-174.
- Nuño, 4 de junio de 1927, «Deberes de la cortesía (Los Ademanos / El apretón de manos)», *El Eco del Distrito del Puerto*, nº 3, p. 2.
- Nuño, 11 de junio de 1927, «Deberes de la cortesía (Saludos)», *El Eco del Distrito del Puerto*, nº 4, p. 2.
- López Ferrándiz A., 4 de abril de 1914, «Ausencia de la mujer», *Diario de Valencia*, nº 1.107.
- Llona González Miren, 2003, «La realidad de un mito: la aspiración de ascenso social de las *modistillas*, en el Bilbao de los años veinte y treinta», nº 14, *Asparkia*, p. 139-166.
- Pierrot, 17 de mayo de 1917, «Ni España, ni españoles. Ni Valencia, ni valencianos», *Arlequín*, nº 1.
- Porro Herrera María José, 1997, «Los estados de la mujer o visión ¿feminista? de un novelista burgués: Cristóbal de Castro», dans Porro Herrera María José (dir.), *Referencias vivenciales femeninas en la literatura española (1830-1936)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 169 p.
- Prada Gloria de la, 11 de marzo de 1928, «La Copla Andaluza», *Blanco y Negro*, nº 1.921.
- Ramos Palomo María Dolores, 2002, «“Neutralidad” en la guerra, “paz” en la Dictadura. Las transformaciones de la vida cotidiana (1917-1930)», dans Aguado Ana María y Ramos María Dolores, *La Modernización de España (1917-1939)*, Madrid, Síntesis, p. 91-153.
- Rienzi, 1 de noviembre de 1930, «La mujer, el tranvía y la galantería», *La Semana Gráfica*, nº 225.
- Rivera Ilsa W. de, 7 de julio de 1934, «¿Qué opinan las extranjeras de los españoles?», *Estampa*, nº 339.
- Rodrigo Antonina, 2002, *Una mujer libre. Amparo Poch y Gascón. Médica anarquista*, Barcelona, Flor del Viento, 300 p.
- Ruiz Carnero G., «Femeninas», 28 de junio de 1907, *El Correo*, nº 4.583, 16 de septiembre de 1915, p. 1.
- Serrano de la Pedrosa F., «¡Por malas!», *El Cuento Semanal*, nº 1.
- Tobalina de Lucas Fernando, 26 de noviembre de 1928, «El pecado de la galantería», *La Reforma*, nº 33, p. 9.
- Yanguas Aurora, 8 de septiembre de 1918, «Feminismo: De la vida», *Diario de Valencia*, nº 2.680, p. 3.